

LA TENDENCIA APOCALÍPTICA

Carlos Blanco

¿De dónde viene la tendencia a creer en un final inminente del mundo? ¿De qué fuentes nace el impulso hacia lo apocalíptico, una constante en la historia?

Aunque no sea universal —ni siquiera mayoritaria—, su reaparición cíclica en numerosas culturas es inquietante. Muchos se han sentido inclinados a pensar que el mundo acabaría súbitamente, de inmediato, sin dilación. Si tomamos el que seguramente sea el texto más antiguo del Nuevo Testamento, la primera epístola a los Tesalonicenses, parece claro que San Pablo creía en un final fulminante para el conjunto de las cosas. El mundo acabaría pronto, y el Reino de Dios se impondría triunfalmente sobre la turbulenta historia de la humanidad. El reino verdadero resplandecería sobre los escombros del falso reino, del reino de este mundo, del reino que condenó al Hijo de Dios a la muerte más ignominiosa imaginable. Lógicamente, como el final inminente y la rápida llegada del Reino de Dios no hacían sino retrasarse, el propio Pablo se vio obligado a reconceptualizar la espera escatológica. A falta de una irrupción del Reino era necesario organizar la Iglesia, establecer los cimientos sólidos de la comunidad de los creyentes, diseñar códigos de conducta, centrarse en la dimensión ética del reino de Dios más que en su naturaleza apocalíptica y en su flamante advenimiento. Esta tensión entre lo apocalíptico, con su énfasis inocultable en el final del mundo presente y en la abolición de las potestades terrenales, y lo ético, de cadencia sapiencial, cuyo mensaje gravita fundamentalmente en torno a la creación de categorías éticas para vivir en un mundo que, pese a todas las advertencias, no termina de acabarse, se percibe en múltiples pasajes del corpus paulino, e impregna la práctica totalidad de los escritos neotestamentarios.

La ciencia es clara, es categórica: aún queda mucho para que el mundo desaparezca por causas naturales. Las expectativas apocalípticas son puramente ilusorias. Los sueños volcados hacia un final abrupto e inminente son meras fantasías. El Sol aún tiene combustible para seguir brillando durante aproximadamente cinco mil millones de años; un tiempo finito, pero una eternidad para los seres humanos. Esta cifra representa casi un tercio de la existencia de nuestro universo. Si el astro rey, cuya luz alimenta la vida en la Tierra (pues sin ella sería imposible el proceso de la fotosíntesis, y sin nutrirse las plantas las demás formas de vida no podrían subsistir), aún dispone de recursos para una cantidad desmesurada de tiempo, podemos estar tranquilos. El mundo perdurará.

Gracias al progreso científico, hoy entendemos por qué brillan las estrellas, por qué el Sol emite tanta luz. Hoy sabemos cómo produce su energía. Se trata de un hallazgo relativamente reciente, cosecha de los grandes desarrollos en la física teórica del siglo XX. La famosa equivalencia entre masa y energía encierra, en términos generales, la clave para desentrañar semejante misterio. Estamos ante un triunfo incontestable de la mente humana; estamos ante un triunfo sin parangón de la ciencia. Al comprender, dejamos de temer. Comprender es el mejor antídoto contra el miedo. Con la ayuda de los conocimientos científicos podemos disipar la angustia ante un final inminente del mundo.

Sin embargo, *nuestro mundo* (que no el mundo) puede acabar por causas humanas. Nuestra irresponsabilidad puede destruir el mundo tal y como lo conocemos.

El hombre no tiene poder suficiente para destruir la totalidad del planeta Tierra, pero quizá sí para destruir cualquier semilla de vida en su seno. De ahí la necesidad imperiosa de estudiar los “riesgos existenciales” que afectan a la especie humana, más allá de los intereses particulares y de las casuísticas concretas; de ahí la importancia de pensar como humanidad. La fe en la adaptabilidad humana, la confianza en nuestra capacidad no sólo de resistir circunstancias adversas, sino de configurar nuevos escenarios, de desplegar el espíritu inagotable de la invención y del ingenio para superar cualquier obstáculo que se precie, no es una proclama de ingenuidad. Vista en retrospectiva, la historia de nuestra especie ha sido una senda plagada de riesgos, peligros y sufrimientos. Aun así, siempre hemos logrado salir adelante y avanzar. Hemos conquistado nuevas cumbres intelectuales. Hemos contemplado mundos remotos. Hemos embellecido la tierra con grandes obras artísticas. Hemos mitigado el dolor y la injusticia. Todas estas conquistas enorgullecidas, todas estas victorias de la humanidad sobre una naturaleza hostil y un mundo ciego, brotan del poder de la imaginación. La imaginación nos ha salvado. La imaginación nos ha hecho humanos. Es una de nuestras mayores ventajas evolutivas, pues gracias a ella nos sobreponemos a lo dado, a la facticidad del universo, y concebimos nuevas posibilidades, creando nuestro propio destino. Abrimos la existencia humana y rompemos innumerables cadenas. Nos liberamos de la tentación de pensar que las cosas sólo pueden ser de una manera, como si no existiera alternativa a lo que el mundo y la historia nos ofrecen.

Por tanto, frente a la pulsión apocalíptica y catastrofista, que nos aboca al fatalismo y a la angustia existencial, podemos adoptar una actitud no cándidamente optimista, no sorda ante la profunda crisis que atraviesa la humanidad y ante la gravedad de los peligros que nos acechan, sino consciente e ilustrada. La conciencia es la luz que nos guía por este mundo. La conciencia, la facultad de reflexionar y de entender, nos permite adquirir nuevos conocimientos y nos eleva a nuevas posibilidades de progreso intelectual y material. Ella nos proporciona las herramientas para afrontar cualquier desafío.

Seamos optimistas; tengamos fe en las posibilidades de una humanidad que vivió durante milenios en las condiciones más penosas, a merced de inclemencias naturales, de violencia, de ferocidad, pero que también ha sido capaz de crear la cultura y de manifestar los más nobles sentimientos morales. No pensemos, eso sí, que el progreso es automático, inercial. El progreso nunca ha estado garantizado. Siempre ha sido una lucha constante contra la inercia, el miedo y la involución.

Somos un momento transitorio en la historia de la vida. No importamos a la naturaleza. El mundo sigue su curso inexorable, gobernado por leyes matemáticas impersonales que en nada se preocupan por el bienestar de las distintas especies. Una naturaleza que alterna creación y destrucción, que suscita incontables especies pero que no siente remordimiento alguno al provocar su extinción, pone de relieve la fragilidad de la existencia humana. Siempre nos asomamos a la oscuridad del abismo, sea por causas naturales o artificiales. La naturaleza que nos crea y auspicia también amaga con destruirnos. Es inmisericorde. Sus mecanismos, fríos e ineluctables, no se orientan a un fin que nos satisfaga. Nosotros gozamos del don de la conciencia, regalo, precisamente, de las fuerzas de la evolución, pero muchas veces no sabemos usarlo como merece. Cada vez somos más conscientes y más libres, porque entendemos y podemos más. No obstante, muchas veces abdicamos de nuestra responsabilidad. Renunciamos a emplear adecuadamente la facultad tan extraordinaria que poseemos. Esta dejación, esta desidia injustificable, esta ceguera voluntaria, con frecuencia nos impide sopesar los riesgos existenciales de la especie humana. Presos del egoísmo y de la parcialidad, ensimismados en nuestros pequeños universos, rehusamos valorar las necesidades de la humanidad, más allá de los intereses individuales.

Conciencia: he aquí la palabra mágica; he aquí la salvación para una humanidad siempre expuesta a los mayores desafíos, siempre amenazada por el caos y la destrucción, pero siempre bendecida con la posibilidad de crear y de mejorar el mundo.

Referencias

Blanco, C. *El pensamiento de la apocalíptica judía. Ensayo filosófico-teológico*, Trotta, Madrid 2013.

Blanco, C. *Lógica, ciencia y creatividad*, Dykinson, Dykinson, Madrid 2014.

Blanco, C. *Más allá de la cultura y de la religión*, Dykinson, Madrid 2016.

Blanco, C. *El sentido de la libertad. Cómo construir una autonomía responsable*, Taugenit, Madrid 2021.